TOMBOUCTOU

TOMBOUCTOU

El bulevar, ese río de vida, bullía bajo los rayos dorados del sol poniente. El cielo apaeecía rojizo, deslumbrador, y detrás de la Magdalena un inmenso haz de rayos lanzaba en la larga avenida una oblicua lluvia de fuego, vibrante como un vapor de hoguera.

La multitud, alegre, palpitante, se movía bajo aquella niebla inflamada y parecía estar en un apoteosis. Las caras parecían doradas, los sombreros y los trajes negros tenían reflejos purpúreos, el barniz de las botas lanzaba llamas sobre el asfalto de las aceras.

Ante los cafés sorbían los consumidores bebidas brillantes que se dijera que eran piedras preciosas fundidas dentro el cristal.

Entre los demás consumidores había dos oficiales de gran uniforme que deslumbraban los ojos con sus galones dorados. Hablaban alegremente, embriagados por aquella plenitud de vida, por aquel glorioso crepúsculo; y miraban la muchedumbre, á los hombres que pasaban despacio y á las mujeres que andaban aprisa dejando en pos de sí un perfume agradable y excitante.

De pronto un negrazo vestido de negro, barrigudo, con el chaleco de piqué cargado de dijes, con la cara reluciente como si le hubiesen dado betún, pasó por delante de ellos con aire de triunfo. Reía contemplando á los paseantes, reía mirando el cielo, reía de todo, satisfecho de los demás y de sí mismo. Era tan alto que su cabeza sobresalía de todas las demás y los papanatas y chiquillos se volvían para mirarle de espaldas.

Pero de pronto vió á los dos oficiales y atropellando á los bebedores se fué en derechura hacia ellos. Cuando estuvo delante de su mesa, fijó en ellos sus ojos relucientes y encantados y los extremos de la boca le subieron hasta las orejas, descubriendo sus dientes blancos, claros como una media luna en un cielo negro. Los dos militares, asombrados, contemplaban aquel gigante de ébano, sin comprender el por qué de su alegría.

De pronto exclamó con una voz que hizo reir á cuantos la oyeron:

—Buenos días, mi teniente.

Uno de los oficiales era comandante, el otro coronel. El primero dijo:

—No le conozco á usted, caballero; ignoro en qué puedo servirle.

El negro replicó:

—Yo querido mucho ti, teniente Vedié, sitio Bezí; muchas uvas, buscalas yo.

El oficial, estupefacto, miraba fijamente á aquel hombre y de súbito exclamó:

—¿Tombouctou?

El negro, radiante, se golpeó el muslo y riendo de un modo formidable, vociferó:

—Sí, sí, ya; mi teniente reconoce Tombouctou; ya, buenos días.

El comandante le alargó la mano, riendo también de buena gana. Entonces Tombouctou se puso grave. Tomó la mano del oficial y con tanta rapidez que fué imposible evitar el movimiento, la besó como acostumbran los árabes y los negros. El militar, confuso, le dijo con acento severo:

—¡Ea, Tombouctou, que no estamos en Africa! Siéntate y dime cómo te encuentras aquí.

Tombouctou se sentó y tartamudeando por la prisa que se daba en hablar, dijo:

—Ganado mucho dineo, mucho; gran estaurant; buena comida; prusianos, yo, robado mucho, mucho cocina fancesa; Tombouctou, cocineo Empeadó; doscientos mil fancos míos. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Y se reía como un bendito, retorciéndose, apretándose los ijares, alborotando en el exceso de su regocijo.

Cuando el oficial, que comprendía su extraña charla, le hubo interrogado un rato, le dijo:

—Bueno, Tombouctou; hasta otro rato, ya nos veremos.

El negro se levantó, estrechó la mano que se le tendía, y sin cesar de reir, gritó:

—¡Buenos días, buenos días, mi teniente!

Y se marchó, tan contento, que gesticulaba y manoteaba andando, de modo que le tomaban por un loco.

El coronel preguntó:

—¿Quién es este barbarote?

—Un buen muchacho y un buen soldado. Voy á contarle lo que sé de él; tiene gracia.

***

Ya sabe usted que al principiar la guerra quedé bloqueado en Bézières, que este negro llama Bezí. Sólo estábamos bloqueados, no sitiados. Las líneas prusianas nos rodeaban por todas partes, fuera del alcance de los cañones. No disparaban contra nosotros; pero nos dejaban sin víveres.

Era entonces teniente. Nuestra guarnición estaba formada por tropas de todas clases, fugitivos, merodeadores separados de sus cuerpos, pelotones de diversos regimientos. Hasta una noche aparecieron once *turcós*, que no sé de dónde venían ni cómo pudieron llegar. Se habían presentado á las puertas de la plaza, rendidos de fatiga, desarrapados, hambrientos y borrachos. Formaron en mi compañía.

Pronto reconocí que eran rebeldes á toda disciplina; siempre se escapaban; siempre estaban borra-

chos. Les arrestaba, les echaba al calabozo; en vano. Desaparecían durante días enteros, como si les hubiese tragado la tierra, luego volvían borrachos como una cuba. No tenían dinero. ¿Dónde bebían? ¿Y cómo y qué?

Aquello me extrañaba, con tanto mayor motivo cuanto que aquellos salvajes me interesaban con su risa eterna y su carácter de muchachos traviesos.

Un día me fijé en que obedecían ciegamente al más alto de ellos, el que acaba usted de ver. Les mandaba á su antojo y preparaba sus misteriosas expediciones como jefe todopoderoso é incontestado. Le hice venir á mi habitación y le interrogué. Nuestra conversación duró tres horas, pues me costaba entender su enrevesada charla. En cuanto á él, pobre diablo, hacía esfuerzos inauditos para ser comprendido, inventaba palabras, gesticulaba, sudaba de angustia, se secaba la frente, se detenía y volvía á empezar cuando creía haber encontrado un nuevo medio de explicarse.

Adiviné, por fin, que era hijo de un gran jefe, de una especie de rey negro de las cercanías de Tombouctou. Le pregunté su nombre. Me dijo algo así: Chavaharibuhalikhanafotapolara. Me pareció más sencillo darle el nombre de su país: «Tombouctou.»

Y ocho días después toda la guarnición le llamaba así.

Pero no podíamos averiguar de dónde aquel príncipe africano sacaba la bebida. Lo descubrí de un modo bien raro.

Estaba una mañana en las murallas, escrutando el horizonte, cuando advertí en una viña algo que se movía. Se acercaba la vendimia, las uvas estaban maduras; pero no pensaba en ello. Pensé que un espía se acercaba á la ciudad y organicé una expedición para cazarle. Yo mismo tomé el mando de ella, previo permiso del general.

Había hecho salir por tres puertas distintas sendos destacamentos que debían reunirse en torno de la viña en cuestión. Para cortar la retirada al espía, uno de los destacamentos debía hacer una marcha de una hora por lo menos. Un soldado que estaba en observación en las murallas, me indicó por una señal que el individuo sospechoso continuaba en la viña. Andábamos sin ruido, arrastrándonos, con mil precauciones. Llegamos, al cabo, al punto deseado, despliego á mis soldados que se precipitan dentro de la viña... y encuentran... á Tombouctou andando á gatas entre las cepas y comiendo uvas, ó para explicarlo mejor, zampándoselas como un

perro, arrancándolas con la boca de la misma planta.

Quise hacerle levantar: imposible. Comprendí por qué andaba á gatas. Cuando le pusieron en pie, se bamboleó un momento y cayó de bruces. Estaba borracho de un modo atroz.

Se lo llevaron en una especie de parihuelas hechas con ramas, y no cesó de reir en todo el camino, moviendo brazos y piernas.

Allí estaba todo el misterio. Los barbarotes bebían en la misma cepa. Luego, cuando estaban borrachos del todo, dormían la mona.

Tombouctou se pasaba la vida en las viñas como los zorzales á los que aborrecía de todo corazón, con odio de rival celoso. Repetía sin cesar:

—Zorzales comido todas uvas. ¡Canallas!

***

Una tarde vinieron á buscarme los soldados. En la llanura se veía algo que avanzaba hacia nosotros. Como no tenía los gemelos, me era difícil saber qué era aquello. Hubiérase dicho una serpiente enorme, un convoy ¡qué sé yo!

Envié algunos soldados al encuentro de aquella caravana que pronto hizo su entrada triunfal. Tambouctou y nueve de sus compañeros traían sobre una especie de altar hecho con sillas de campaña, ocho cabezas cercenadas, sangrientas, horribles. Otro *turcó* tiraba de un caballo, á la cola del cual habían atado otro, y seis caballos más seguían de igual modo.

He aquí lo que supe: Cuando iban á las viñas, los africanos vieron un destacamento de prusianos

que se acercaban á la aldea. En vez de huir, se ocultaron; luego, cuando los oficiales hubieron desmontado en un mesón para refrescar, los once negros se precipitaron contra los uhlanos, que huyeron; mataron á los dos centinelas, al coronel y á los cinco oficiales de su escolta.

Aquel día abracé á Tombouctou. Pero noté que andaba con dificultad. Pensé que estaba herido. Se echó á reir y dijo:

—Yo provisiones para país.

Es que Tombouctou no se batía por el honor, sino por el provecho. Todo lo que encontraba, cuanto le parecía de algún valor, todo lo que brillaba, lo hundía en su bolsillo. ¡Qué bolsillo! Un abismo que empezaba en la cadera y terminaba en el tobillo. Recordando un término de cuartel, le llamaba su «profundo», y era profundo, en efecto.

Había, pues, arrancado todo el oro del uniforme de los prusianos, el cobre de los cascos, los botones, y todo lo metió en el bolsillo, que rebosaba.

Todos los días sumía en aquel pozo cualquier objeto reluciente que estuviese al alcance de las manos, y llenaba de tal modo el «profundo» que hacía una facha estrafalaria.

Pensaba llevar todo aquello al país de los aves-

truces, de los cuales aquel hijo de rey parecía hermano según la tentación que le inspiraban los objetos brillantes. De no tener los bolsillos ¿dónde los metiera? Probablemente se los tragara.

Todas las mañanas tenía vacío el bolsillo. Poseía, pues, un depósito general. ¿Dónde? No llegué á averiguarlo.

El general, avisado de la hazaña de Tombouctou, mandó enterrar los cuerpos que quedaran en la aldea, á fin de que no se supiese que habían sido descabezados. Los prusianos volvieron al día siguiente, y el alcalde y siete contribuyentes importantes fueron fusilados acto seguido en represalias, por haber denunciado la presencia de los alemanes.

***

Vino el invierno. Estábamos cansados y fatigados. Ahora nos batíamos todos los días. Los soldados, hambrientos, no podían con su alma. Tan sólo los ocho *turcós* (tres habían muerto) estaban gordos, lucios, vigorosos y dispuestos siempre á batirse. Tombouctou engordaba. Un día me dijo:

—Tú mucha hambre; yo buena carne.

Me trajo, en efecto, un excelente filete. ¿De qué? No teníamos bueyes, ni carneros, ni cabras, ni asnos, ni cerdos. Era imposible procurarse caballo. Pensé en todo ello después de comer la carne, y tuve un pensamiento horrible. ¡Aquellos negros habían nacido cerca del país donde se come á los hombres! ¡Y caían tantos soldados cada día en los

alrededores de la ciudad! Interrogué á Tombouctou; no quiso contestar. No insistí; pero de allí en adelante rehusé sus presentes.

Me adoraba. Una noche nos sorprendió una nevada en las avanzadas. Estábamos sentados en el suelo. Miraba con lástima cómo tiritaban los pobres negros. Como tenía mucho frío, tosí. Sentí en seguida caer sobre mis hombros un gran capote. Era la capa de Tombouctou, que el buen negro me echaba sobre los hombros.

Me levanté y le devolví el capote:

—Guárdalo, muchacho; te hace más falta que á mí.

Me contestó:

—No, mi teniente; tuyo, tuyo; yo no necesitar; caló, caló.

Y me miraba suplicante.

Repliqué:

—Ea, obedece; guarda tu capa; lo quiero.

Entonces se levantó, sacó el sable, que cortaba como una navaja, y sosteniendo con la otra mano el capote que rehusaba:

—Si no tomas capote, lo corto; nadie capote.

Lo hubiese hecho; cedí.

* * *

Ocho días después habíamos capitulado. Algunos pudieron huir. Los demás íbamos á salir de la ciudad y rendirnos á los vencedores.

Me dirigía á la plaza de Armas, donde debíamos reunirnos, cuando quedé asombrado ante un negro gigantesco, vestido de dril blanco y con sombrero de paja. Era Tombouctou. Parecía radiante y se paseaba con las manos en los bolsillos delante de una tiendecita donde se veía una muestra con dos platos y dos copas.

Le dije:

—¿Qué diablos haces?

El contestó:

—Yo no padecido; buen cocinero; yo hecho comida comandante Agel; yo comido pusianos; robado mucho, mucho.

El termómetro marcaba diez grados bajo cero. Tiritaba delante de aquel negro vestido de dril. Entonces, cogiéndome por el brazo, me hizo entrar. Vi un letrero enorme que iba á poner encima de la puerta tan pronto como nosotros nos marcháramos, porque aun conservaba cierto pudor.

Y leí, escrito por la mano de algún cómplice, este llamamiento:

COCINA MILITAR DEL SEÑOR TOMBOUCTOU

ANTIGUO COCINERO DE S. M. EL EMPERADOR

Artista de París.—Precios económicos.

A pesar de mi rabia y mi tristeza, no pude por menos de reirme y dejé al negro entregado á su nuevo comercio.

¿No valía mucho más dejarle que hacerle ir prisionero?

Ya ve usted que el chico ha tenido suerte.

Bézières pertenece ahora á los alemanes. La fonda Tombouctou es un principio de desquite.